

Y Custodia Núñez decía que esa era una forma ni peor ni mejor de hacer las cosas, pero que...

Y aunque Adalberto habría dicho, seguro, de cualquier forma a Adalberto hay que sacarlo yo me volvía a callar.

Y esta vez era una tía Leontina la que decía « ¿lo ves?».

□□□

Había dicho la chatarrera.

□□□

– ¿Lo ves? — decía...

Decía.

Y que volvía a venir — la tía — y a agarrarla de nuevo por los hombros y a ponerla otra vez en el centro del lavaderillo del corral y decirle a otra que era esta vez la tía Elisenda «esto es lo que yo quería decir».

Y que la otra la miraba otra vez de arriba abajo, como si ella fuese poca cosa otra vez, y que arrugando la nariz repetía « ¿esto?». Y que la otra repetía otra vez «esto; sí».

–Sí: esto — Y la zarandeaba y le clavaba las uñas y ella no gritaba no por lo del postre sino porque aunque le hacía daño era sin querer —: que la niña, sin darse cuenta... ¡¡porque lo has hecho sin darte cuenta! — y que ¿verdad? Pero ella sólo asentía con la cabeza para no enredar más — que la niña, sin saber lo que hacía ha...

– ¿Pero cómo que sin saber lo que hacía si estaba todo el rato dando la tabarra al pobre Montano? — mamá.

–Bah, no se preocupe por eso. A mí no me molesta, son cosas de niños.

–Sí, Montano; pero cosas de niños muy descarados — y le clavaba los ojos meneando la cabeza y enfatizando mucho niñossss y descaradossss y —: usted es que es una persona muy sufrida.

Y, ella, ahí callada, en el centro del lavaderillo del corral con las uñas de la tía Leontina clavándosele hasta que ellos se callaban también, y entonces aflojaba un poquito, y haciéndole menos daño:

–No os habéis dado cuenta. Nadie se ha dado cuenta. Y es comprensible porque todos estamos aquí, viéndonos y oyéndonos, y sabemos...creemos saber, al menos, qué

estamos viendo y oyendo, pero imaginaros a alguien que no estuviese aquí, ¿qué pensaría?

—Pues — papá, tan despistado — como si no está ni ve ni oye...

—Que oyera o viese sólo de forma parcial, fragment...

—Ah pues — mamá — no creo que pensase nada raro. Somos una familia muy normal... ¡Porque Montano es como de la familia, claro!

— ¡Bueno — papá, tan despistado —; Montano como el que más!

—No, ya, si eso sí — impaciente la tía, por hacerse entender, que le estaba volviendo a clavar las uñas; a ver si acababan con aquello de una vez — pero yo, a lo que me estoy refiriendo es a que, cualquiera que no estuviese aquí presente pensaría que...

—Sí — papá, tan despistado —: que nos estamos... bueno, estábamos... ¡o estamos!, moviendo...bueno, sentados, casi todos, en nuestra propia historia y en la ajena; y en nuestro presente y en nuestro pasado a la vez porque, si la niña...y Montano, están aquí los dos, y la niña decía que Montano decía... y, además Montano, el pobre, bueno, perdón... el pobrecito, intervenía en una conversación en la que no es posible que pudie...

—Pues lo que estoy diciendo — la tía Elisenda —: que no puede ser.

—Pero es — la otra —: y aquí estamos.

—Eso, mira, es verdad — mamá —: aquí toda la tarde, que fíjate qué hora es ya y sin haber sacado nada en claro.

Y que venga, vamos a cenar algo y a dormir que nos estamos cayendo todos de sueño mañana seguiríamos y, a Montano, que esperaba que no le disgustase la habitación que le hemos preparado como usted es tan... pero que ya sabía que, como la casa no era muy grande, no teníamos otra y, bueno... en fin, era la de, dando un suspiro, el pobrecito Montano.

—Y, a mí, de pie en el centro del lavaderillo del corral — decía la chatarrera de pie en el centro del camaranchón grande de junto al garaje lleno de sacos de cemento y ladrillos y algunos somieres herrumbrosos de los que mamá siempre decía “a ver cuando nos deshacemos de tanto zarrío, tengo gana de vivir en una casa propia y con algo de orden y no en esta leonera” que nos hacía cuando nos lo prestaban de lavaderillo del

corral —: vamos chiquitina, que ahí adormilada en tan mala postura te va a doler el cuello.

– ¿Y Montano?

Y que pues debajo de la mesa, como siempre, y que esa es otra, que aún lo tenemos que sacar.

Y, la tía Elisenda, que pues tampoco eso podía ser.

Y, la Sousa pecosa —: Es posible.

Pero que, aunque lo pudiese — “ser, claro”, explicaba — siempre habría alguien dispuesto a poner inconvenientes.

–Oh, pero Sousa pecosa, si no es eso... — mamá, echándose mano a las gafas de la forma maquinal y espontánea que tan ensayada tenía sin acordarse de que su vista era magnífica para, azorada por un error tan tonto, ponerse a mover con mano temblorosa las dos cucharaditas de azúcar que la señorita Alejandra le había puesto en el café —: el problema que nos ocupa es de índole infinitamente más...

–“Metafísica” — se apresuraba a soplarle Albertito el del tuerto.

–“Metafísica”, eso es — aceptaba con alivio y de buen grado, posando la cucharilla y llevándose la tacita a los labios...

– ¡Cuidado! — exclamaba Purificación, que solía ser alguna de esas personas que siempre es bueno tener a mano en cualquier parte y cualquier situación porque son detallistas, puntillosas casi, y están al tanto de los pormenores más insignificantes.

– ¿Qué pasa ahora? — preguntaba ella con la taza en vilo.

–Nada: pero es que como tiene dos cucharaditas de azúcar y a ti el azúcar no...

–Lo sé — decía con sequedad y que si o es que creíamos que se iba a equivocar en todo. Y añadía —: aunque después de tantos como llevo tomados creo que me he llegado a acostumbrar y ya no protestaría “¡qué asco!, ¿quién ha sido el imbécil que...?”

– ¡Pero eso iba a ser un escándalo!

– ¿Lo veis? — dijo papá, tan despistado.

Y que por mucho que nos doliese, porque Purificación era una buena persona y algo de aprecio se le tenía, lo mejor iba a ser pedirle que por favor no volviese — aunque adornado con que su presencia y su intervención tan invariablemente oportuna iban a dejar entre nosotros un hueco insustituible, pero que ya nos las arreglaríamos — ya que causaba

constantemente problemas con aquella manía suya de interrumpir por insignificancias...

–Está bien — replicó serena la aludida.

Y se empezaba a poner de pie, para marcharse.

La señorita Alejandra se ofreció entonces a que, si todos estábamos de acuerdo, ella, con mucho gusto, renunciaría a su cometido de poner dos cucharaditas de azúcar en el café de mamá.

Y Purificación la miró, con su mano apoyada aún en el respaldo de la silla, y le dijo en tono triste que muchas gracias; pero, no. *Te lo agradezco en el alma, pero no podría vivir con el pesar tan grande de que por culpa mía se viera torcido tu destino y tú privada de cumplir tu misión.*

–Oh, vamos, Purificación — mamá, posando la taza y el platito sobre la mesa —, ¿Qué tonterías estás diciendo?

– ¡No son tonterías! — la señorita Alejandra cruzándose enfurruñada de brazos, por sorpresa, dando golpecitos con un pie en el suelo y arrugando la nariz.

– ¡Ah — Purificación, que de repente parece animada —: sí que lo son!

– ¿Seguro? — mamá.

–Seguro — ella, que se vuelve a sentar y, con la cabeza baja, dice «está bien».

Y alzándola a continuación con mucho aplomo dice «escuchad» y se empieza a poner de pie para marcharse; pero la señorita Alejandra intenta decir algo de no poner dos cucharaditas de azúcar en el caf... y ella, con la mano ya apoyada aún en el respaldo de la silla, en tono autoritario « ¡que te calles, joder!» para, sin más demora, en tono triste que muchas gracias; pero no. *Te lo agradezco de corazón, pero no podrías vivir con la pesadumbre tan grande de haber torcido mi destino y de que por tu culpa me viese yo privada de cumplir mi misión, por dura que sea.*

–Bueno — dice mamá, que parece satisfecha aunque cansada y algo ojerosa —: un problema resuelto. Y si alguien fuese tan amable de hacerme otro café...

Porque se le ha quedado frío, como siempre.

Y, la señorita Alejandra, que de acuerdo pero que alguien haga el favor de que el azucarero se parezca lo más posible a un azucarero de verdad, que lo bien hecho bien parece, y ya está harta de tanto fingir.

Y mamá dice que en tal caso y si no es molestia le ponga en adelante tres cucharaditas no en ese despertador parado en las siete y veinte sino en una tacita que parezca de verdad también; porque cargadito de azúcar sí que le gusta, pero aquellos granos de sal gorda haciéndole cosquillas en los labios siempre le resultaron asquerosos.